

El pasado martes asistimos a una de las sesiones (que, por cierto, llevaba el número 2323) que el FAS celebra en colaboración con otras entidades; en esta ocasión, con Bizitegi, colectivo en favor de personas que padecen situaciones que les sitúan en riesgo de exclusión. Y como en otras ediciones, miembros del mismo nos ofrecieron antes de la proyección una breve pieza teatral, con acompañamiento musical, que según nos contaban se había creado específicamente, inspirándose además en la película elegida, "An", que entre nosotros se llamó "Una pastelería en Tokio", de la japonesa Naomi Kawase.

Después de ambas obras, teatral y cinematográfica, tuvimos el habitual coloquio, dirigido por miembros de Bizitegi que nos ofrecieron sus reflexiones sobre los grandes temas que trata la cinta: la soledad, principalmente, pero también el estigma que acompaña a algunas circunstancias vitales, como ciertas enfermedades o el paso por la cárcel.

Nos hablaron (como ya lo había hecho, a su modo, el entremés teatral) de la importancia de las relaciones sociales, del contacto humano, y de cómo todos podemos aportar algo en ese sentido, simplemente con acercarnos nuestros vecinos. Destacaban también la relevancia que tienen hoy en día estas situaciones de aislamiento, hasta el punto que en el Reino Unido se ha creado recientemente un Ministerio para combatir la soledad, con la paradoja de que en el mundo moderno y tecnologizado a veces nos es más fácil comunicarnos con el otro extremo del mundo que con la persona que tenemos cerca; aunque algún tertuliano reivindicaba el valor de las redes sociales y recordaba que las modernas tecnologías no son sino otro instrumento más, y que lo que resulta crucial es el uso que se haga del mismo.

También se trajo a colación el libro "El hombre en busca de sentido", de Victor Frankl, psicólogo que sufrió cautiverio en los campos de exterminio nazi, y que de su experiencia extrajo una conclusión valiosa, pues observaba que aquellos presos que tenían "algo a lo que regresar", fuera familia, amigos, o un proyecto vital, sobrevivían con mayor frecuencia que quienes carecían de ello, aunque estuviesen en peores condiciones físicas.

En cuanto a la película, que recibió aplausos, nuestros invitados reconocían que en un principio les había resultado un poco lenta, pero pronto se acostumbraron a su ritmo pausado, casi meditativo, y concluíamos que era "muy japonesa" en aspectos como ese, como lo es el para nosotros inverosímil dulce a base de alubias que le da título; por eso algunos, que la habíamos visto ya en versión doblada, pues así se ofreció en los cines de la Villa, agradecíamos especialmente poder disfrutarla en versión original, como es habitual en el FAS. Ese tempo lento, la musicalidad del idioma, la presencia de la naturaleza incluso en una película que se desarrolla en la ciudad; o cómo evolucionan los cerezos, que en la película van cambiando de color, mostrándonos al final el "festival de los cerezos en flor", un evento muy popular en aquellas tierras (y una metáfora de la muerte y lo efímero de la vida, dice la directora en la entrevista que pudimos leer en la "hoja de sala" que el FAS nos facilita siempre), o las "conversaciones" que la anciana protagonista tiene con animales y plantas, puro animismo que está en la base de la cultura nipona...

Comentamos igualmente otra cinta de Kawase que pudimos ver también gracias al FAS hace un par de años, "Aguas tranquilas/Still the water", que contiene una de las escenas de muerte y despedida más bellas que recordábamos.

Y así dimos por concluida la reunión, hasta el próximo martes en que cambiaremos de registro para ver una ópera prima, la rusa "Tesnota/Demasiado cerca".

Ana Gortazar